

XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C El pobre rico

Cuando uno lee el informe Forbes para comprobar las astronómicas fortunas y salarios de los más ricos del mundo y después se informa con rigor acerca de los más pobres de la tierra puede sufrir un shock agudo y una depresión profunda al constatar el abismo creciente entre unos y otros. Pero más grande aún será el abismo que separará a los ricos de los pobres en el definitivo Reino de Dios. Eso sí, con una significativa diferencia, a saber, que para entonces, según la perspectiva divina, cambiarán radicalmente las tornas y mientras que los últimos serán los primeros, los primeros serán los últimos, mientras que los marginados serán consolados, los ricachones sufrirán tormento o, dicho con palabras lucanas de la Virgen María, a los hambrientos se les colmará de bienes y a los opulentos se les despedirá vacíos.

Éste es el mensaje esencial de la tan conocida como desatendida parábola evangélica del pobre Lázaro, harapiento y llagado, y del rico que vestía de púrpura y de lino - con ropa de marca, diríamos hoy - y sus respectivos destinos (Lc 16,19-31). La interpretación falsa e hipócrita de esta parábola, sumamente elocuente para describir la situación de la mesa global, ha legitimado, no pocas veces, el ordenamiento social del mundo, ha contribuido sobremanera a sostener las diferentes clases sociales determinadas por la posesión de los bienes de la tierra y de los medios de producción con promesas celestiales para los que sufren las consecuencias humanas de una economía explotadora y excluyente, y ha justificado de manera conformista el sufrimiento de los empobrecidos en el aquí y ahora de la historia con el sueño de un más allá feliz.

Lejos de esa interpretación parcial y tergiversadora, la parábola revela la inversión futura de las situaciones para los pobres y para los ricos como resultado irreversible de la justicia de Dios, que no puede dejar impunes a quienes generan, promueven, sostienen y disfrutan la clamorosa injusticia y la creciente desigualdad social y económica de este mundo. Esta revelación de la justicia de Dios pretende interpelar a los enriquecidos, a los que viven cómodamente, aprovechándose de los beneficios de este sistema injusto aun a costa de otros, y suscitar la conversión y el cambio de mentalidad y de conducta.

Para ello el evangelio sitúa a pobres y ricos en la situación posterior a la muerte, que hermana a todos los hombres. Y desde ahí, en la perspectiva de la justicia de Dios, se revela que los ricos serán recompensados negativamente por Dios que no es parcial contra el pobre, y por ello se verán empobrecidos al verse privados no sólo de bienes materiales sino de los bienes definitivos y eternos de esta vida y de la otra, los bienes propios del Reino de Dios y no los del imperio del dinero (Mamón). El pobre rico en esta historia piensa que lo tiene todo pero carece de lo esencial. Le falta todo lo que conduce a una vida verdaderamente dichosa, pues ha perdido su dignidad (ausencia de nombre en la parábola) y la voluntad para amar al que sufre en la miseria. Y en el Reino de Dios eso es lo que cuenta, la dignidad y el amor de entrega generosa y solidaria, conducentes a la justicia divina. Sabemos que para los ricos no es fácil salir de esa situación, porque el ídolo del dinero por lo

general tiene atrapados diabólicamente a los que más tienen. Pero no es imposible. Basta con escuchar la palabra interpelante de la Buena Noticia, tomársela en serio y cambiar de mentalidad.

Para provocar este cambio el evangelio remite a un elemento indiscutible de la tradición bíblica: El mensaje de Moisés y de los profetas. Entre éstos destaca Amós, cuya denuncia es radical. Ya en el siglo VII a. C. Amós reprueba la explotación del pobre, el cual es tratado como mercancía negociable y degradado a objeto de compraventa. Condena abiertamente la injusticia social, la depravación moral y religiosa, la violencia del lujo y el formalismo del culto (Am 6,1-7). Todo esto es incompatible con la fe en Dios. ¡Se acabó la orgía de los disolutos! - termina diciendo el profeta criticando la prepotencia y la aparente omnipotencia de los ricos -.

Si no se escucha el mensaje de los profetas, si no se hace caso al Evangelio en su predilección por los pobres, si no se produce un cambio de mentalidad y de perspectiva cultural en esta dirección, serán inútiles otros signos aparentemente religiosos. Las consecuencias últimas de la crisis económica actual afectan y agravan la situación de los más pobres. Pero la palabra última que critica y enjuicia al mundo es la de Dios, el cual se pronuncia contra la opulencia de los prepotentes, causantes del desastre y de la miseria de Lázaro. Al concluir la lectura de esta parábola iluminadora de los contrastes del mundo no tenemos más remedio que decir: ¡Pobres ricos!

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero